

¿Qué Podremos Exportar?

por RAMON DIAZ



Es una conversación recurrente. Mi interlocutor se muestra alarmado respecto de las consecuencias sociales del programa de reducción arancelaria. A medida que éste avanza, vamos a importar una cantidad de bienes que antes producíamos en el país. Numerosos trabajadores perderán sus empleos. ¿Cómo podrán ser reocupados? Evidentemente, tendrán que serlo en actividades exportadoras. Hasta aquí, mi interlocutor y yo marchamos de acuerdo. Luego empieza la discrepancia. En síntesis —síntesis de muchas conversaciones— su tesis es la siguiente.

Por más que se expanda la actividad agropecuaria, nunca podrá llenar el vacío de ocupación, originado por la sustitución de producción doméstica por importaciones. Los torneros, matriceros mecánicos y electricistas no se convertirán en trabajadores rurales. Quedaría el desarrollo de actividades exportadoras industriales, pero las empresas existentes están dimensionadas a una escala muy pequeña, y de ello derivan una ineficiencia difícilmente subsanable; subsanable solamente mediante inversiones cuantiosas, que difícilmente nadie quiera realizar en condiciones de aguda incertidumbre. ¿Cómo podríamos exportar a países que nos llevan grandes ventajas de productividad, fruto de sus mercados domésticos más amplios, y de la escala consiguientemente más eficiente de sus empresas?

Yo echo mano de la teoría económica. Extraigo de mis alforjas el concepto de la ventaja comparativa y lo despliego ante mi interlocutor. No nos interesa compararnos con ningún otro país; sólo comparar la productividad de nuestros recursos en las distintas actividades posibles. En algunas seremos más eficientes que en otras. O menos ineficientes, da igual. Nos especializaríamos en aquéllas que la comparación interna favoreciera. Una vez especializados en lo que podemos hacer mejor, obviamente estaríamos en una posición óptima. Luego sólo quedaría esperar que la acumulación de capital (humano y material) nos devolviera a la senda de progreso de la cual la sustitución de importaciones nos había desalojado.

Es cierto que la selección de las actividades a desarrollar, y la consiguiente asignación de recursos, representan una tarea superlativamente difícil. Las actividades posibles se cuentan en número infinito. Y su ordenamiento según el principio de la ventaja comparativa —desde la más eficiente hasta las que habría que descartar, por no alcanzar al umbral de la eficiencia mínima— debe tener en cuenta cada uno de los recursos existentes: cada planta industrial y cada categoría laboral y, dentro de ellas, cada máquina y cada operario, cada acervo de experiencia, de tecnología, de talento e iniciativa empresariales. Por eso es tan difícil responder a la pregunta: ¿qué podremos exportar? O, tal vez, mejor, por eso sería tan costoso. Uno tendría que contestar: ¿Quiere usted **realmente** saber qué es lo que podremos exportar? Pues entonces consíganos una de las computadoras mayores y más modernas, y algún millonaje de dólares para contratar un equipo de estadígrafos, tecnólogos y economistas, y en cosa de cinco años le tendremos lista la respuesta.

Claro que hay una computadora mucho más eficaz, que funciona automáticamente, y resuelve el problema a mucho menor costo. Se llama **mercado**. Con tal de que el gobierno no interfiera con los precios, ni de productos ni de factores de la producción, es capaz de asignarle a cualquier país los recursos según el principio de la ventaja comparativa, no diré "en menos que cante un gallo", pero sí razonablemente pronto.

Eso sí, con la computadora llamada mercado no pueden operarse modelos de simulación. Hay que ponerla a funcionar en la realidad. Y ahí está el obstáculo, porque la gente quiere que le digan cómo va a terminar la pieza antes de consentir en que se represente, y eso, estrictamente, es imposible.

Tal vez ayudase si la gente comprendiera mejor por dónde viene la dificultad. Por qué razón la estructura económica generada por el proteccionismo nos bloquea consistentemente la visión de la auténtica ventaja comparativa del país.

Lector, para el caso de ser usted como uno de esos interlocutores míos, que quieren a toda costa saber de antemano qué es lo que vamos a exportar, le sugiero que hagamos juntos un experimento intelectual. No para resolver su inquietud —para lo cual, según vimos, fuera preciso algo más que experimentos intelectuales— sino para que juntos nos hagamos pleno cargo del espeso velo con que la política de sustitución de importaciones ha recubierto la ventaja comparativa de nuestro país.

Si consiente usted, acompáñeme a Paysandú. Desde algún lugar inconspicuo, procu-

remos seguir los acontecimientos que están desarrollándose. No cabe dudas, debe tratarse de algo importante, pues los sanduceros se han despojado de su habitual serenidad, y debaten algún tema apasionadamente.

¿Podría usted dar crédito a sus oídos? Están considerando la secesión de su departamento del resto de la República, a fin de constituirse en estado soberano e independiente. ¿Su motivación? Pues tal parece que estiman insuficiente el grado de industrialización que han logrado, y que el futuro dentro del Uruguay prometería depararles. "Si la industrialización es buena para el todo, seguramente lo será también para las partes" oímos argumentar desde una de las tribunas; "pero la capital ha manipulado el arancel en su propio beneficio. ¡Viva el arancel propio!

Todo indica que el movimiento resultará incontenible. Mientras prosigue el debate, discurramos nosotros sobre cuáles puedan ser las consecuencias de la trascendental medida. Actualmente Paysandú "exporta" al resto del mundo numerosos productos agropecuarios en bruto, tales como carne, lana, trigo, lino y frutas cítricas. También "exporta" algunos productos industrializados, tales como cerveza, artículos de cuero y textiles de lana. Mientras tanto, "importa" casi todo lo que consume; en particular casi todos los productos manufacturados que consume. Sus industrias de exportación están todas orientadas hacia la "exportación" (por lo que aquí estamos entendiendo la venta fuera de los límites departamentales).

Imaginemos ahora que Paysandú ya ha realizado el sueño del arancel propio. Al amparo del consiguiente obstáculo a las importaciones, se desarrollarán variadísimas industrias, que surtirán el mercado interno. En otras palabras, sustituirá importaciones. Al mismo tiempo, inevitablemente, descenderá el valor de las exportaciones. Ningún país acumulará excedentes de exportaciones con el resto del mundo, a menos que sus residentes deseen invertir en el exterior. Como no al-



canzamos a imaginar por que podrían querer los sanduceros colocar su capital en el resto del mundo, tenemos que presumir que el descenso de las importaciones será seguido de cerca por un descenso de las exportaciones.

¿Qué bienes dejarán de exportarse? ¿Los agropecuarios, los industrializados, o ambos parejamente? La respuesta no debe ser arbitraria. La nueva producción industrial sanducera, orientada hacia el mercado doméstico, tendrá que llevarse a cabo usando recursos productivos. Los empresarios, alentados por sus expectativas de realizar ganancias en el nuevo mercado preservado de la competencia externa, pujarán por esos recursos en los mercados de trabajo y de capital. Como conse-

GC y Asoc.

JUMBO VA JUMBO VIENE



**a EE.UU., 5 veces por semana
a EUROPA, 7 veces por semana**

Y además 9 vuelos semanales a EE.UU.
y CANADA en los confortables Boeing 707

Consulte hoy mismo a su Agente de Viajes

la gran posibilidad

AEROLINEAS ARGENTINAS



cuencia los precios por la hora-hombre de tornero y de matricero, de mecánico y de albañil, subirán. También crecerá el precio por los servicios del metro cuadrado de planta industrial, de los telares, tornos, calderas, cubas, motores y demás equipos industriales. No habrá, en cambio, mayor demanda de tierra agropecuaria, sino al contrario: parte del capital radicado en el agro emigrará a la ciudad, y el precio de la hectárea de campo descenderá. De modo que la producción agropecuaria podrá continuar —si bien en forma extensiva— y podrán continuar también las exportaciones de carne y lana (en menor medida de granos y citrus, más exigentes en materia de capital). Pero las industrias exportadoras —la cerveza, y la del cuero, y la de los tejidos de lana— encontrarán que a los nuevos precios de los insumos han perdido competitividad y tienen que dejar de exportar. Se reorientarán consiguientemente hacia el mercado interno, a una escala por supuesto mucho menor, aunque no necesariamente menos rentable.

Vamos a continuar, lector, nuestro experimento intelectual. Imaginemos que ya ha transcurrido mucho tiempo desde que Paysandú resolvió su secesión del estado uruguayo. Tanto tiempo, que los sanduceros no guardan ya memoria de cómo eran las cosas antes de su independencia.

Volvamos a observar discretamente los acontecimientos. Nuevamente encontramos convulsionado el ambiente de su ciudad capital. Hay un movimiento que culpa al proteccionismo de la afligente situación económica que el "país" padece, y propone la eliminación de las barreras arancelarias. Otras voces se alzan para proclamar la temeridad de semejante política. Paysandú, alegan éstas, tiene

concentrada su ventaja comparativa en el agro. ¿No lo demuestra acaso el hecho de que sus exportaciones sean íntegramente agropecuarias? Si se abre al comercio exterior el territorio, los obreros van a tener que irse a otros países en busca de trabajo.

Colocados en medio de ambos bandos militantes, librecambistas y partidarios de la protección, muchos sanduceros vacilan. Comprenden que su mercado doméstico es demasiado pequeño para servir de base a un desarrollo industrial orientado hacia adentro; están de acuerdo en que la experiencia proteccionista en que hace muchos años se embarcaron constituyó un error. Pero tal reconocimiento no les da ninguna seguridad frente al problema que la ocupación de sus recursos les plantearía, una vez derribados los obstáculos al comercio. Si sólo pudiesen estar ciertos de que alguna ventaja comparativa se esconde dentro de su sector manufacturero... Mientras tanto la duda les inhibe el ánimo, y las decisiones se postergan.

Nosotros podríamos ayudarles. ¿Por qué no hacerlo? Les llamaremos a la plaza pública y les diremos: "Venimos de otro tiempo, de un tiempo que ya no recordáis, en que Paysandú practicaba el libre cambio con el resto del mundo. Entonces exportábais cerveza, productos de cuero, y textiles de lana. Sin duda teníais para ello ventaja comparativa. No hay razón para que no podáis hacer ahora otro tanto".

Eso sí: no sé si nos creerían. Una estructura económica proteccionista no sólo ahoga las actividades en que un país es capaz de descollar. Al mismo tiempo confunde todas las cosas, y añubla todos los ojos, para que nadie pueda reconocerlas.

BANCO DE MONTEVIDEO

UN BANCO NACIONAL
CON PRESTIGIO
INTERNACIONAL